



TEXTO.—Figuras que pasan, *Luis Felipe Cortés y Echanobe.*—A la memoria de Carlos Blanco é Izaga, *G. Arsenio de Izaga.*—Constancia heroica, *J. F.*—Colegio del Salvador-Zaragoza, *Jaime de Salas.*—Crucifijo con que murió San Ignacio de Loyola.—Cuadros del Seminario de Salamanca: Escenas de la vida de San Ignacio de Loyola.—Gustando el veneno.—D. E. P.—Colegio de Valladolid: Los jesuitas y la milicia, *Un espectador.*—Ecos de una novillada en el Colegio de Orduña.—*J. Leiza.*—Colegio de Orduña: Grátisimos recuerdos, *Andrés Arístegui.*—Apostolado de la Oración.

GRABADOS—† M. Carlos Blanco é Izaga.—Colegio de Zaragoza: Congregación Mariana en el curso de 1909 á 1910.—Crucifijo con que murió San Ignacio de Loyola.—Cuadros del Seminario de Salamanca: Escenas de la vida de San Ignacio de Loyola.—Colegio de Valladolid: Los jesuitas y la milicia.—Colegio de Orduña: Filigranas por los maestros, Cesarito pasando de muleta, Aparatosa cogida de Poca-pena.

Gustavo Gili, Editor, Universidad, 45. — Barcelona.

Nuestro Estado Social

(Comentario á la revolución de Julio)

Conferencias por el P. Ignacio Casanovas, S. J.—Un volumen de 156 páginas de 17×11 cms.—En rústica, pesetas 1; en tela inglesa flexible, pesetas 2.

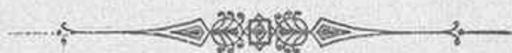
Libro de extraordinaria actualidad y que deja muy atrás á todo cuanto sobre esta materia se ha escrito. Es fruto de madura meditación puesta al servicio de un talento nada común, cuyos notabilísimos puntos de vista traen involuntariamente á la memoria las magníficas y geniales concepciones de Balmes. Como ellas, distínguese la presente obra, por el criterio altamente sereno y equilibrado que la inspira y por la espontánea sencillez de su forma literaria, constituyendo el conjunto un delicado maná del espíritu, al alcance de toda inteligencia medianamente culta. El sabio autor manifiesta con nobleza y valentía las causas que motivaron la horrible hecatombe de Julio, la cual nos presenta iluminada con los sangrientos fulgores del incendio y de la crueldad, y los remedios que emplearse deben si se quiere impedir la repetición, tal vez en plazo no muy lejano, de aquellas tremendas convulsiones sociales. Nadie que de católico y de español se precie debería dejar de leer este pequeño volumen en cuyas páginas, sobre todo en las conferencias 3.^a y 4.^a, hallará remedios eficacísimos y sabias normas que le inducirán á una eficaz y decidida intervención en la vida social de la que, por desgracia, tanto tiempo habían vivido apartados los católicos.

Tratado Elemental de Mecánica Aplicada.

—Obra escrita para las Escuelas de Artes y Oficios, para las Escuelas de Industrias y para los Cursos técnicos de obreros y jefes de taller, por J. A. Bocquet, Ingeniero, Ex-jefe de trabajos de la Escuela municipal de aprendices de París, Ex-director de la Escuela Diderot. Traducida de la 5.^a edición francesa por el Dr. Eduardo Fontseré, Catedrático de Mecánica Racional de la Universidad de Barcelona. Tercera edición notablemente aumentada, y corregida con arreglo á la 6.^a edición original. Un elegante tomo de VIII y 494 páginas en 8.^o mayor, con 178 grabados y numerosas tablas para el cálculo de las piezas. En rústica, pesetas 7; encuadernado en tela, pesetas 8.

Comprende la obra, además de los conocimientos indispensables de Mecánica general, el estudio especial de los diferentes mecanismos; el trazado de engranajes y de excéntricas; las múltiples aplicaciones del rozamiento; la teoría general de los motores, y en particular de las ruedas hidráulicas; las turbinas y las máquinas de vapor; la resistencia de los materiales, con sus aplicaciones al cálculo de las vigas y de las piezas de las máquinas; los problemas referentes á las prensas hidráulicas y á las bombas; los estudios del Dr. Hartig acerca el tratamiento de las máquinas-erramientas, etc., etc.

A cada teoría acompaña una serie de problemas resueltos, que podrán servir de guía para no titubear cuando en la práctica se presenten otros similares.



PÁGINAS ESCOLARES

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA PARA JÓVENES ESCOLARES

Año VII

Gijón, Julio de 1910

Núm. 75

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Figuras que pasan ⁽¹⁾

El R. P. Jerónimo Rojas

Recuerdos del Colegio de Orduña

En los primeros días del pasado Diciembre se anunció con la acostumbrada sencillez en los Colegios y residencias de la Compañía de Jesús de Castilla, la muerte del P. Jerónimo Rojas, acaecida en Orduña el día 3 del mismo mes.

Era el P. Rojas un hombre de la estepa castellana; nació en la llanura de las tierras pardas; lo acusaban de continuo su figura y su decir: bajo de talla, enjuto, muy moreno, de color terroso, como de arcilla, tenía en la cara arrugada unos menudos ojillos penetrantes á los que con frecuencia se asomaba su alma,—tierna y sencilla,—llenándose de lágrimas por cualquier motivo.

Su ciencia profunda le dió categoría de eminente en el saber. Sus virtudes admirables le hicieron ser modelo entre religiosos. Y su carácter abierto, ingenuo, de ruda franqueza, le hicieron amable á cuantos le conocimos.

Y tanto en su aspecto como en su carácter y en sus dichos y en sus cosas, fué siempre un castellano viejo, de cuerpo entero, por los cuatro costados.

* * *

El sitio donde se llegaba á conocer á fondo lo que era el P. Rojas, fueron las clases. En ellas vertía su ciencia vastísima en un lenguaje castizo, allí explicaba las más difíciles teorías con la sencillez encantadora de una conversación familiar. Eran explicaciones sosegadas, amenas, repletas de gracias y chistes y oportunos refranes y cuentos tendenciosos, divinamente contados, que él ensartaba en una charla ingenua, como de niño.

Y de aquellas explicaciones, no menos doctas que divertidas se cosechaban grandes enseñanzas morales. Que todo iba allí con su por qué y moraleja, y de vez en cuando también el P. Rojas encajaba su sermoncito.

Llegaban,—por ejemplo,—los días solemnes de

fiesta en el Colegio, días de función y de mucho gentío, cuando los patios y cobertizos se veían llenos de caballeros, señoras y señoritas: las familias de los chicos, que dejaban averiado el ambiente con olor de perfumes delicados. Por allí pasaba el P. Rojas apresurado, con la mirada en el suelo y las manos metidas en las mangas, arrimado á las paredes, como si fuera huyendo. Y al percibir los aromas elegantes, aquel hombre sentía invencible repugnancia.

Eran los perfumes de la vanidad, llevaba él cincuenta años de religioso, y le daban asco, el asco del mundo.

Al día siguiente, durante la clase, ya lo sabíamos, sermón seguro. Decía anatemas crueles contra el mundo, sus lujos supérfluos, y sus necias vanidades, y sus modas ridículas. Porque una de las características cualidades del P. Rojas fué la franqueza; con nada se quedaba dentro del cuerpo, decía las verdades siempre y á todo el mundo, pero las decía sin reparos, ni distingos,—que no entraban en su carácter recio,—á raja tabla, bien dichas, como las sentía.

Otras veces eran máximas prudentes, consejos de padre para la carrera de la vida que nos aguardaba. Y todos los que fuimos sus discípulos guardamos de aquellas clases un recuerdo agradable y duradero,—el más duradero, tal vez de los recuerdos del Colegio,—pues el P. Rojas explicó siempre á los mayores, á los que más podían comprender aquella especial manera de ser suya, y sus asignaturas fueron las de los últimos años en los que se recoge algún fruto de educación definitivo y perenne.

* * *

Los que de Orduña salimos Bachilleres en 1907, guardamos de la última época de nuestra vida de colegiales un recuerdo cariñoso: el de un día que pasamos más íntimamente unidos con nuestro Padre Rojas.

Fué en la primera quincena de Junio; el curso estaba terminado, y los que durante él habíamos sido alumnos *de sexto*, aprobadas las asignaturas de este último año, repasábamos en el Colegio todas las del Bachillerato, esperando ser convocados á examen de Grado y adquirir nuestro deseado título de Bachiller en Artes.

Para fortuna nuestra en uno de aquellos días se cumplieron cincuenta años desde que el P. Rojas entró en la Compañía de Jesús; celebraba pues sus bodas de oro como religioso. Y las celebró en intimidad paternal con nosotros, sus discípulos.

Por la mañana nos dió la Comunión á todos. Después durante la comida supimos que arriba en el rectorio obsequiaban los PP. á su hermano en Religión.—venerado entre ellos,—con poesías y felicitaciones: una improvisada fiesta en familia como suelen celebrarse entre los Jesuitas. Más tarde el P. Rojas bajó á los patios. Uno de nosotros leyó una

(1) Es este un capítulo sencillo de un libro ingenuo que pudiera titularse: «*Semblanzas de la vieja Orduña*». En él estarían con la del P. Rojas la de otros no menos famosos jesuitas. Se llamaron P. Landa, P. Sorondo, H. Deogracias.... Eran una porción de ancianitos admirables que con su larga y constante permanencia en el Colegio de Orduña, imprimieron en este el espíritu de familia que le caracteriza y entre todos le distingue.

felicitación en nombre de la clase, los demás nos agrupamos juntos á su alrededor.

Y él, que bajó húmedos los ojos de las impresiones de arriba, no pudo más y se nos echó á llorar, pero por completo, como un niño.

Después, cuando la emoción le consintió hablar, nos dijo una despedida paternal y cariñosa, de las que no se olvidan. Hablaba como siempre con su corazón,—todo ternura,—en la mano diciendo entre sollozos que sería la última vez que estuviésemos reunidos, que á muchos no volvería á ver... que no olvidásemos nunca lo que allí nos enseñaron... que fuera la honradez nuestra constante norma en las luchas de la vida...

Y se echó á reír. Estos cambios bruscamente radicales encajaban de lleno en su especial carácter.

Era una de esas almas grandes, enteramente agradecidas que reciben la más insignificante atención como favor singular y les llega hasta el fondo del alma para quedarse allí en gratitud perpetua.

Y para corresponder como él quería á nuestra felicitación sincera nos anunció una excursión que haríamos juntos aquella misma tarde. No podría ser al famoso *Santiagomendi*—por él tan mencionado durante el curso,—pues estaba muy lejos. Iríamos á *Lendoño*, otro de sus paseos favoritos.

Salimos de la ciudad y dejando la carretera, que nunca le agradaba, tomamos hacia el monte. Y por allí iba subiendo atajos y veredas el bueno del Padre Rojas marchando el primero, con su andar característico, de balanceo vivaracho, deprisita, á pasos menudos. Andarán por temperamento y aficiones con el pasear continuo de veinticinco años que vivió en Orduña conocía aquel hermoso valle de todo en todo y palmo á palmo en porción extensa. Le conocía con sus tierras de labor, sus caseríos, sus aldeas empotradas en los montes que el tren rodea, sus labradores de recio vivir y rutinario trabajar contra el que les predicaba siempre con humorístico enfado.

Por todo el camino fué decididor y chancero, animadísimo, haciendo oportunas paradas de observación discreta. Aquí examinaba una flor recién cortada y allí se paraba para censurar el empleo de un abono que veía, la construcción de un arado que encontraba, la tardía sementera.....

Llegamos á *Lendoño*: una pequeña aldea alavesa, oculta allá abajo, en una hondonada del valle, desde donde se vé muy alto el pico de *Iturrigorri*.

Había una fuente con agua muy fresca: en su alrededor, con las expansiones de un sano compañerismo y entre bromas alegres que todos reímos, se consumió la buena merienda. El P. Rojas alegre, cariñoso, agradecido, rebosando contento comió con nosotros embromando á algunos, sirviendo humilde y obsequiando á todos.

Y á seguida emprendimos la vuelta. Era una de las buenas tardes de Junio, cuando alargan los días en verano. Dejamos *Lendoño*, su fuente fresca, los escondidos caseríos, y bajando por veredas llegamos al camino.

A un lado, entre las copas verdes de plátanos bien cuidados, *La Muera*, se escondía; pasamos las choperas alineadas de *Arbieto*; los montes cerraban el horizonte, y en lo más alto, encima de «*La Peña*,» como dominando el valle del que es Señora se destacaba en el cielo, sobre la línea de montañas, la Virgen de la Antigua en colosal estatua.

Al fondo estaba la ciudad legendaria y antigua.— con sus casas amontonadas, negruzcas y entre las

viejas calles orduñesas resaltaba el Colegio levantando sus torres.

Atravesamos la plaza: una de esas típicas plazas de pueblos vascongados que llaman «*de los Fueros*,» y en las que los Domingos se bailan los zortzicos al son de un tamboril.

Entramos en el Colegio. La tarde se acaba.

Y he aquí como el bueno del P. Rojas, después de ser cincuenta años Jesuita, celebró en el valle de Orduña sus bodas de oro.

* * *

Dos años más tarde, tuvo lugar en el Colegio un acto memorable dedicado al P. Rojas, y del que siempre quedará recuerdo porque fué como la despedida oficial de aquel á todos sus discípulos, como el adiós último y solemne con que dejó la vida.

Hacía veinticinco años que explicaba en Orduña, y para celebrar tan larga fecha desde que vino al Colegio, dedicáronle sus discípulos una Academia.

Acudimos también varios antiguos colegiales deseosos de testimoniar nuestro cariño al Padre y acompañarle en día tan señalado.

Fué para él todo aquello gran sorpresa: dirigido y preparado por Padres y chicos con el mayor sigilo, de nada pudo enterarse hasta llegar el día mismo de la fiesta. Celebróse esta con gran solemnidad en el Salón de Actos: leyeron los alumnos felicitaciones, recitamos nosotros poesías, se representaron escenas alusivas.

* * *

Sentado en lugar preferente, á la derecha del P. Rector, escuchaba el P. Rojas aquella serie de alabanzas y encomios hechos á su ciencia, sus virtudes y su venerable antigüedad en el Colegio, confundido, con la cara arrugada, como avergonzado, haciendo pucheros, llorando á lágrima viva sin poder contenerse. Recibíalo todo con las muestras de humildad en él naturales juzgando aquello impropio y para él inmerecido, pero agradeciéndolo sin duda interiormente con toda su alma.

Iba á terminar el acto, y el P. Rojas se levantó: quería hablarnos. Una salva de aplausos estalló en la sala; estaba él emocionadísimo, y haciendo un esfuerzo, sorbiéndose las lágrimas, comenzó á hablar débilmente al principio, que apenas se le oía, alentado después con la fuerza del sentimiento que imprimía en su palabra la convicción profunda de que nos la dirigía por última vez.

Y dijo, como de costumbre, aquellos sanos consejos de honradez que tanto predicaba en todas ocasiones, máximas de *hombria de bien*, que nunca se cansó de repetir; hablaba con más fuerza, con entereza, como si quisiera grabarlas en nosotros para siempre.

Después tuvo frases muy tristes; nos anunció que sentía cercano el fin... se moriría pronto. Aquellas fiestas señaladoras de largas épocas de su vida proclamaban su vejez... bodas de oro, bodas de plata... la vida se acababa. Y con todas las ternuras de su alma, dirigiéndose á los entonces colegiales y á los antiguos que allí estábamos, como si quisiera abarcar con su mirada á las generaciones todas que con él aprendieron, nos dió su despedida y se quedó llorando.

Luego muchos aplausos, vivas, música. La charanga del Colegio tocaba los acordes viriles de la marcha de San Ignacio.

* * *

Y fué verdad lo que anunció aquel día. Su corazón sin duda se lo dijo.

Al terminar el curso, durante vacaciones, marchó según costumbre para descansar de sus trabajos á la casa de veraneo que los PP. Jesuitas tienen en una hermosa playa. Y allí enfermó precisamente, en Baquio, donde él tanto disfrutaba recogiendo algas para aumentar su colección y enseñárselas luego á sus discípulos.

Se puso enfermo de repente, sin saber por qué. El pobre temblaba como un pajarito. Hubo que volverlo á Orduña en automóvil.

Llegó otra vez el curso y seguía lo mismo. Se vió entonces que no podía explicar. Le retiraron de profesor. Por vez primera en veinticinco años dejaba sus asignaturas. Y todos lo dijimos con sentimiento: el P. Rojas alejado de sus clases, se muere sin remedio.

Siguieron después dos meses de dolores y tristezas. Aumentó su sordera. Retirado en el cuarto, á nadie recibía. Yo fuí entonces á Orduña y quise verle pensando en despedirme, pero me dijeron que no. El mismo lo tenía así ordenado. Otros antes que yo lo habían hecho, y después que algún antiguo colegial le hacía una visita, se quedaba muy triste, llenándose de pena.

Y yo me figuraba aquel ancianito enflaquecido y arrugado, todo saber, todo cariño, solitario en su aposento, completamente sordo, sufriendo dolores, sin poder estudiar, y muriendo poco á poco, lentamente, de nostalgia por sus asignaturas, por sus chicos, por sus clases, por todo aquello que fué su vida entera y ahora se le marchaba para siempre.

* * *

Fuimos á Orduña cuando ya el P. Rojas había muerto. Ni siquiera llegamos al entierro: por la mañana recibió su cuerpo cristiana sepultura. Entonces quise visitar el cuarto en que habitaba el P. Rojas. Jamás le había visto porque no era frecuentado de los Colegiales. Iba con ilusión, lo confieso. Quería conocer aquel su *aposento*—como él decía,—donde tantos años, en trabajar constante, preparó sus clases. Porque todos, absolutamente todos los días de su vida de profesor,—y he aquí un motivo notable del saber del P. Rojas,—estudió pacientemente las explicaciones que allá abajo daría á sus discípulos.

Iba á conocer el sitio donde había vivido; su biblioteca, á descubrir quizás algún detalle personalísimo, interesante, muy íntimo, de esos que revelan un hombre ó dan á conocer un carácter.

La habitación estaba en el viejo tránsito del segundo piso: un tránsito grande iluminado escasamente por un balcón que al fondo, mirando á los patios se recorta en el muro fuerte; á los lados se abrían las puertas anchas y viejas de los cuartos de los Padres.

Cuando entramos en el del P. Rojas, un hermano Coadjutor limpiaba, comenzando á retirar los objetos: aún llegábamos á tiempo. Sentíase allí ese triste vacío especial que deja en las habitaciones la muerte del que las ocupó: un gran silencio, las cosas en desorden, el aire viciado, el fuerte olor de las últimas medicinas... Abrimos la ventana; era un crudo día del invierno vascongado y el terco *sirimiri* caía sobre el patio lentamente.

Cerca de la mesa que ocupaba el centro, estaba la pequeña estantería conteniendo los libros, reflejo fiel de sus ocupaciones. Casi todos eran de su especialidad: las ciencias naturales; obras de Anatomía,

Fisiología, Agricultura, Botánica; libros grandes, para consulta, de autores eminentes, en Alemán, en Francés, en Castellano. Algunos de devoción: unas meditaciones en Latín, la Semana Santa, y el Breviario. El Breviario, que tanto manoseó entre sus dedos menuditos, y gastado en sus bordes por el rezo continuo de cuarenta años de sacerdocio.

Al lado estaban unos ejemplares de los libros traducidos por él del alemán; castizas traducciones de Kuecht, Baltmann y Hattler, que han sido varias veces editadas.

Y allí, á la vista, junta á las obras de ciencia, estaban ordenados en serie todos los catálogos de alumnos del Colegio publicados desde el año en que el P. Rojas vino á Orduña. Sobre la mesa ví una caja que encerraba trocitos de mineral, mariposas y flores desecadas, y otra llena de fotografías, estampas, recordatorios de 1.^a Comunión y esquelas mortuorias de antiguos Colegiales. Cerca de la cama y antes de morir, había tenido el retrato de los últimos bachilleres, discípulos suyos, agrupados en el pórtico del Santuario de la Antigua.

Que no perdía nunca la memoria de sus chicos, y guardaba cuidadoso todo lo que podía recordarle al pasar del tiempo el cariño de los que habían sido alumnos suyos.

Erase un ancianito sabio que consagró la vida á estudiar las flores y enseñárselas á niños, y cuando la enfermedad le separó de ellos, murióse de nostalgia.

* * *

Fué el P. Rojas de complicada psicología, de extraño carácter. Tenía sus *cosas*. Y ¡*cosas del P. Rojas*! decíamos con frecuencia para juzgar sus actos.

Habrán quizás ya nombrado en el Colegio quien desempeñe el lugar de Profesor que el P. Rojas ocupaba, pero el P. Rojas es insustituible. No era solamente un Padre *que explicaba*; era mucho más. Algo muy íntimo y característico ha perdido el Colegio con su muerte. Era tan peculiar, tan suyo, tan unido estaba á su historia y tradiciones, que en verdad el P. Rojas llegó á ser en Orduña *una institución*.

También de él puede decirse lo que en otra ocasión (1) ya afirmé del buen H. Deogracias: que en la historia del Colegio de Orduña, estas figuras de relieve, formaron *su* época.

Y de estos hombres así, tan particulares, se puede escribir *«hasta dejarlo de sobra»* y decir muchas cosas, llenando un libro entero, pero yo termino con lo escrito. Que después de redactadas estas cuartillas pienso en lo que él diría si pudiera verlas: Sentiríase ofendido en su humildad sincera con estas alabanzas, y de fijo mirándome de arriba á bajo con aquellos ojillos inquirientes cerrando los puños y enarcando hacia fuera los dedos pulgares,—su gesto—exclamaría indignado la frase consabida: ¡*Valiente zampabollos*!

Luis Felipe Cortés y Echanobe

Ex-colegial de Orduña.

Burgos, Mayo, 1910.

(1) Véase el n.º de esta Revista correspondiente al mes de Enero del pasado año 1909: «Figuras que pasan—Recuerdos del Colegio» por Luis Felipe Cortés Echanobe.

Á LA MEMORIA

DE

CARLOS BLANCO É IZAGA

LA implacable guadaña, fiel al cumplimiento inexorable de sus fatídicos deberes, va causando paulatina é incesantemente víctimas en el campo de la vida, sin detenerse ante los umbrales de la juventud ni de la ancianidad, sin desmayarse frente á la inocencia ni en presencia del pecado.

* * *

En la flor de sus años, cuando su corazón palpitaba vigoroso al compás de generosas ilusiones, cuando su inteligencia concebía grandes ideales y su pecho alentaba á impulsos de las más halagüeñas esperanzas, falleció el malogrado joven Carlos Blanco é Izaga, después de larga y penosa enfermedad, sufrida con admirable resignación cristiana.

* * *

El deseo de tributar el homenaje de mi amor sincero á la memoria del finado, con el que siempre me unieron los estrechos vínculos de la amistad y de la sangre, juntamente con el de presentar á mis jóvenes lectores un modelo que imitar y una prueba palpable de

«cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando,»

ponen la pluma en mi mano para trazar estas líneas necrológicas, tan mal pergeñadas como bien sentidas.

* * *

Nació Carlitos—como familiarmente le llamábamos—en Tondo, barrio de Manila el 1.º de Enero de 1890, en el seno de una familia ejemplarmente cristiana y española, que

supo modelar su corazón en el troquel de la fe y de las salvadoras creencias religiosas; creencias y fe que informaron los actos de su vida.

Niño aún vino á la Península, estudiando las primeras letras en las escuelas de la cató-

lica Orduña é ingresando después en el acreditado Colegio que los R. R. P. P. Jesuitas dirigen con éxito creciente en la ciudad Vizcaína, en donde cursó los tres primeros años del bachillerato y hubiera terminado su segunda enseñanza si las obligaciones militares de su padre, capitán de Infantería, no le hubieran trasladado á Burgos.

En el Instituto de esta capital aprobó el cuarto y quinto cursos; se preparó luego para la carrera militar, á la que le llamaba una vocación decidida; ingresó en la Academia de Infantería de Toledo; aprobó en ella el 1908 los dos primeros años, y cuando sólo le faltaban dos meses para os-

tentar el grado de oficial de nuestro valeroso Ejército, Dios Nuestro Señor le llamó hacia Sí el 23 de Abril último, día en que la Iglesia celebraba la fiesta del glorioso soldado San Jorge, héroe en la valentía y mártir en la santidad.

Por su carácter noble, por su natural serio, por su educación distinguido, y cristiano y virtuoso por los ejemplos que contemplara y doctrinas que recibiera en el santuario de su hogar, fué el fallecido Carlos amante de las delicias del campo y de los goces tranquilos de la casa paterna, entre los cuales fomentó sus resueltas aficiones literarias.

Prueba de ellas son varios trabajos inéditos que redactó en su peculiar estilo; tales como una historia intitulada *Guerra de los Arbietanos*,



† D. CARLOS BLANCO É IZAGA
Alumno de la Academia de Infantería.

que comenzó siendo niño y que, en medio del candor é ingenuidad con que está compuesta, revela brillantes dotes de imaginación; una *Biografía de Cervantes*, escrita con ocasión del centenario de este preclaro ingenio y novelista insuperable; y, finalmente—haciendo caso omiso de otras composiciones más ligeras—en un estudio sobre la *Marcha de noche en campaña*, que escribió como alumno de la citada Academia, y que le conquistó los plácemes de sus profesores.

En la ciudad de Nuestra Señora de La Antigua, en la del Cid, y en la de Alfonso VI de Castilla, dió siempre hermosas pruebas de aplicación patentizada en excelentes calificaciones, y en todas partes y bajo todos aspectos manifestó sus arraigadas convicciones católicas, evidenciadas en sus ejemplares costumbres, en sus edificantes conversaciones, en sus prácticas piadosas y, por modo especial, en su muerte admirable.

En este amargo trance se vió una vez más confirmado el viejo y profundo adagio latino: *sicut vita, finis ita*, porque fué tan resignado, tan hondamente cristiano su fallecimiento; recibió con tanta fe y devoción tan fervorosa los Santos Sacramentos y demás auxilios espirituales; abandonó este mísero valle de lágrimas con tan inefable y celestial consuelo, que cuantos le visitaron en su lecho de dolor salieron altamente edificados de sus admirables virtudes, considerándole como un angel transformado en joven.

Su partida de este mundo constituyó en verdad una sanción hermosa de aquel *pensamiento*, tan poético como profundo, que, á modo de testamento de su fecunda vida literaria, brotó de la pluma admirable de Aparisi y Guijarro, tres días antes de bajar al sepulcro este insigne escritor y orador elocuentísimo: «Morir para quien muere en Jesucristo, es saltar en el bajel que aporta á las playas eternas; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles.»

* * *

Muertos así dejan en el corazón de sus allegados y sus amigos, cual lenitivo á su dolor, un consuelo inefable, porque son el más eficaz testimonio de que los seres queridos han volado al eterno Edén, en alas de sus virtudes, para ceñir la corona inmarcesible de la gloria y anegarse en el mar insondable de la felicidad sin término ni medida.

G. Arsenio de Izaga

Antiguo alumno del Colegio de Orduña y Universidad de Densto
Bilbao, Mayo de 1910.

CONSTANCIA HERÓICA

I

Maravillosos son los caminos por donde Dios dirige á sus santos y admirables los planes de su Providencia cuando de los mismos medios que el hombre toma para estorbar las disposiciones divinas se vale Dios para llevarlas á su término.

Conocía el duque de Atri los deseos de su hijo Rodolfo, y queriendo distraerle de su propósito llevóle consigo á la Ciudad Eterna con el fin de colocarle en la corte romana. Tenía Rodolfo 18 años y por su edad y por su linaje parecía deber de estar lleno de aquellos pensamientos de ambición y de gloria que su padre creía. Y cierto que en su corazón noble y generoso no cabía pusilanimidad ni decaimiento: ambicionaba la gloria como pocos pero era una gloria que el mundo no concebía. Desde su niñez acariciaba un pensamiento deslumbrador á primera vista pero difícilísimo en la práctica. Llegar á ser mártir era todo su afán y para conseguirlo, determinó entrar en la Compañía de Jesús. Llegados á Roma visitó á su tío el P. Claudio recién entrado en el noviciado.

Prometió el jesuita favorecerle en sus pretensiones; pero el duque escudábase con esa razón necia y temor vano de los que no abrazan un estado al que conocen que Dios los llama porque *podría su vocación ser falsa*. Rodolfo, sin embargo, no desistía; una mañana después de haber oído misa en el Jesús llamó en la portería, y pidió ser admitido entre los novicios. Opusieron los padres Jesuitas con cuantas razones supieron, ya por no admitirle sin el consentimiento de su padre, ya por probar su constancia.

Prudente S. Francisco de Borja propúsole las otras religiones y contestando Aquaviva que á ninguna de ellas le llamaba Dios, le tentó el provincial añadiendo que era un afecto natural el querer más á la Compañía que á las otras religiones, pues puramente por amor á su tío pretendía entrar en ésta. Sintió el joven la réplica y «envíadme, dijo, enviadme á las partes donde jamás pueda ver á ninguno de los míos, á las regiones donde más fácilmente pueda derramar mi sangre por J. C.» No sé con qué fervor pronunciaría estas palabras, mas es lo cierto que aún no había terminado de hablar cuando el P. General le había admitido en la Compañía.

II

Mas no pasó mucho tiempo sin que el duque informado de todo, enterase á su Santidad de lo que había sucedido pidiéndole licencia para sacar á Rodolfo del noviciado.

Indecible es la presteza con que este corrió á ocultarse cuando supo que había llegado á casa su hermano Julio y que estaba con S. Francisco. Hallóle, á pesar de todas sus diligencias en esconderse, el P. Claudio que había recibido del General la orden de cumplir las disposiciones del Pontífice, y le condujo á la portería. Encaróse al llegar, Rodolfo con cuantos allí había, y les echó en cara la indignidad de su conducta al contribuir á su desgracia; principalmente demostró á su hermano que no era aquel proceder que le honrara mucho, ni aquella la protección que debía dispensarle.

Hubo entonces un diálogo que prueba á las claras el ardor del corazón de Rodolfo y su generosidad en dar á Dios todo lo que le pedía. «Mirad hijo—añadió el General viendo la resistencia de Rodolfo—S. S. lo ha dispuesto así:» y nuestro joven dió una respuesta que nos parecerá sacudida pero que ojalá tuviésemos la fortaleza necesaria para darla en muchas ocasiones en que se atraviesa nuestra salvación «y si

yo por esto me condeno—dijo—bajará al infierno S. S. á librarme.» Un sólo medio había para que cediese Rodolfo. Le propuso el General que el no rendirse era dar pruebas de poca obediencia, virtud característica de la Compañía y sólo entonces, llenos los ojos de lágrimas, salió al coche de su hermano que le condujo á Palacio. Por fin, determinó Rodolfo, que aunque joven sabía luchar por los intereses de su alma pedir un tribunal donde se tratase su vocación ante S. Pio V.

El día señalado comparecieron los abogados ante el Papa: impugnaba la vocación de Rodolfo su

hermano Julio y le defendía su tío el P. Claudio. Terminado el debate decidió S. S. en favor de nuestro héroe; y el duque, sabida la resolución del Pontífice, cambió de parecer como por milagro.

Lo más pronto posible volvió Rodolfo á su querido noviciado y se entregó á Dios con aquel fervor que presenciaba la firmeza y valor mostrado en la pelea pasada, y que demostró 15 años más tarde derramando su sangre por Jesucristo.

J. F.

Ex-Colegial de Tudela.

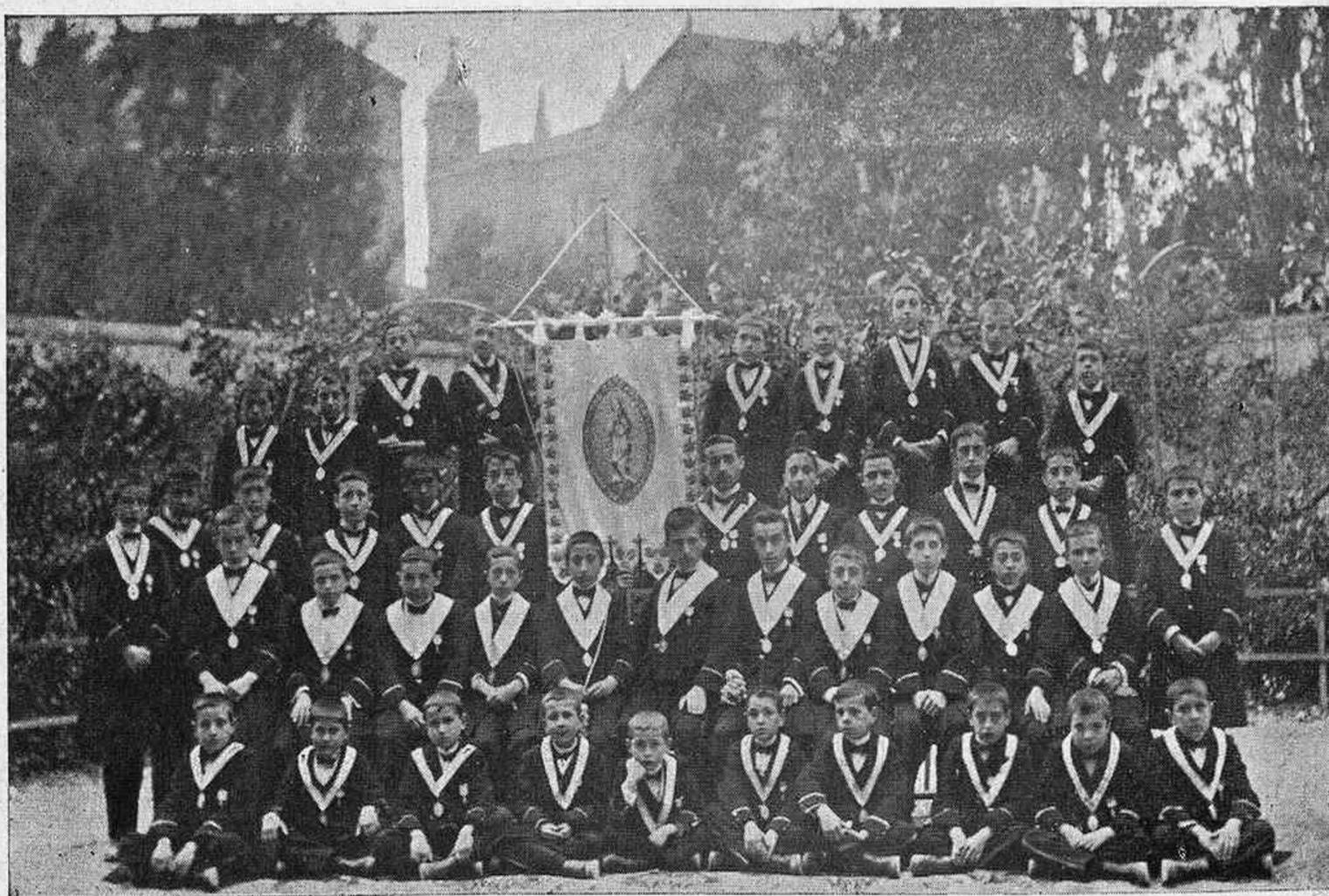
COLEGIO DEL SALVADOR.—ZARAGOZA

Campo extraordinario de congregantes.

Siguiendo la costumbre restaurada tres años atrás de conceder un campo extraordinario á los congregantes internos de este Colegio, este año se verificó con gran regocijo el 12 de Mayo, en compañía de los congregantes medio-pensionistas que animados con nuestro ejemplo reclamaron su derecho como congregantes de tener un día extraordinario.

A las seis bajamos á la Capilla, donde comulgaron los que lo desearon en gran número y después de dar brevemente las gracias nos dirigimos al comedor donde tomamos el acostumbrado desayuno. A las siete y cuarto nos dirigimos á la Estación, donde nos reunimos con los congregantes medio-pensionistas, partiendo á las ocho en el tren de mercancías á que habían enganchado dos vagones de viajeros, los cuales llenó la alegre caravana.

A las ocho y media descendimos del tren en Casetas y emprendimos el camino de Sobradiel, á donde llegamos á las nueve y media.



COLEGIO DE ZARAGOZA.—Congregación Mariana en el curso de 1909 á 1910.

En cuanto á los preparativos de la Congregación de San Luis, de los internos se redujeron á elección de lugar y tiempo, y á recaudar medios monetarios para realizar tan bello ideal. Tras algunas vacilaciones y controversias se eligió á Sobradiel, residencia de los Condes del mismo nombre y hermoso lugar rodeado de espesas y agradables arboledas bañadas por el Ebro, impaciente ya por besar los pies de Nuestra Excelsa Patrona la Virgen del Pilar.

En cuanto al tiempo se escogió el día 12 de Mayo, que amaneció con un sol radiante y un cielo sin nubes y casi fué inútil el acostumbrado campaneó para que los afortunados congregantes saltásemos del lecho y nos vistiéramos acariciando las más risueñas esperanzas.

Oimos Misa que celebró el P. Navás en la Iglesia Parroquial del pueblo, durante la cual el coro del Colegio, con acompañamiento del Sr. Albareda, entonó hermosos motetes á la Virgen.

Después de la Misa nos dirigimos todos á las arboledas de las orillas del río y se jugaron distintos partidos de foot-ball y escondite hasta las doce. Formáronse entonces pintorescos grupos y poco después dimos cuenta de una sabrosísima comida de campo con el más franco apetito y la más animada conversación.

Diferentes instantáneas se sacaron de tan bellos y animados paisajes. Al opíparo banquete siguieron reñidos partidos de foot-ball hasta las dos y media en que todos se replegaron hacia la plaza del pueblo

ávidos de agua y descanso. Apagada un tanto la sed entramos en la Iglesia donde se rezó el Rosario con Letanías cantadas.

Después nos dirigimos otra vez á la estación de Casetas; montamos en el tren y en no interrumpida conversación llegamos á Zaragoza donde nos salieron á esperar con extrema amabilidad los Sres. Delgado y Baselga. Dirigímonos enseguida al colegio donde tuvo lugar una espléndida rifa de valiosos objetos y libros de piedad y sobre todo primorosas y bellísimas

estampas. Después de la cena que tuvo lugar á las siete y media y de las oraciones de la noche, nos retiramos á descansar llenos de satisfacción y agradecimiento al R. P. Rector y á nuestro Director que tan bien supo combinar los sucesos y al Sr. Cura Párroco y pueblo de Sobradriel y á la Sra. Condesa que tuvo la amabilidad de ofrecernos sus deliciosos sotos para solazarnos.

Jaime de Salas

Congregante de 5.º año

Crucifijo con que murió San Ignacio de Loyola

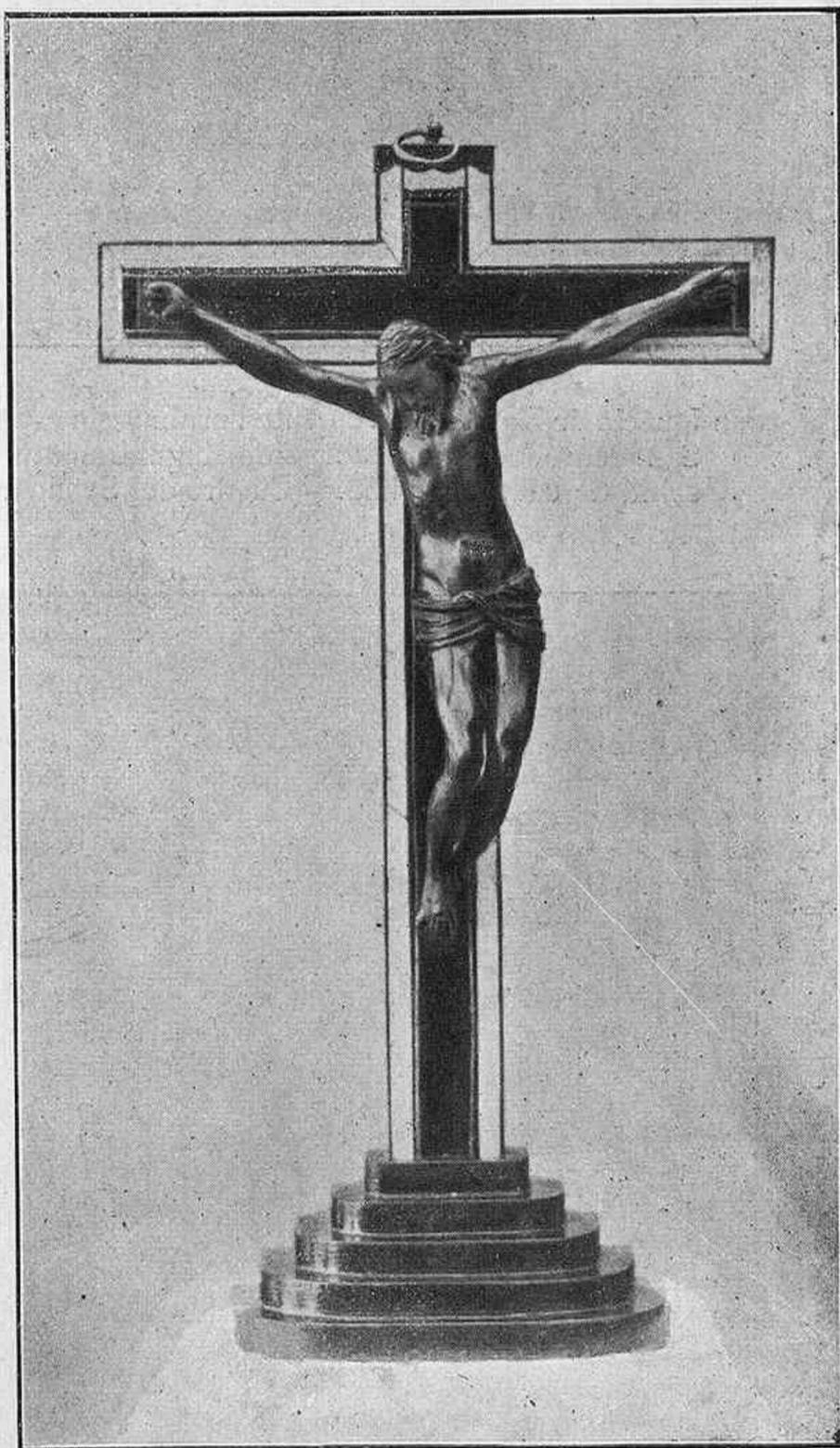
EN el mes de Abril del pasado año presentábamos á nuestros lectores el Crucifijo, que San Ignacio de Loyola llevó consigo al salir de su casa paterna para emprender el camino de la santidad. Hoy presentamos otro Crucifijo de San Ignacio: aquel con el que terminó su santa vida, y dió fin á su alta empresa de santificarse á sí y ayudar á la santificación de los hombres. Este fué el último objeto que tuvo San Ignacio entre sus manos, el que recibió su última mirada, el que le alentó en el último combate y le dió firme esperanza de su seguro triunfo.

La Cruz tiene 44 centímetros de largo; los brazos, que empiezan á los 4 centímetros, tienen 28; la anchura es de 5; en cambio el espesor apenas llega á 1 centímetro. Tiene en derredor de los brazos grabada la siguiente inscripción: «Este es el S. Christo con que murió N. P. S. Ignacio abrazándose con él. Diólo para esta Provincia del Paraguay N. P. G. Mucio Viteleschi al P. Juan de Viana P. C. como consta en la historia de esta provincia pág. 3.º cap. 5 núm. 1 escrita por el P. Juan Pastor.»

El P. Juan de Viana, Comisario nombrado por el P. General Viteleschi para visitar aquella lejana Provincia del Paraguay llevo consigo esta santa reliquia. Allí permaneció hasta la extinción de la Compañía por Clemente XIV; entonces la regalaron los PP. en prueba de gratitud á la Virreina de Guatemala, Doña Ana de Mendoza, Duquesa de Borja, nieta del Santo Duque de Gandía. Al volver esta Señora á España trajo consigo el Santo Crucifijo, heredándolo á su muerte su nieto D. Francisco Javier de Ugarte y Borja. Mandaba este caballero el navío «Santa Trinidad,» en la batalla de Trafalgar y murió en el puerto de Sta. María siendo Capitán General de la Armada. Quedó esta reliquia en poder de su esposa Doña Javiera de Uriarte y Borja, quien continuó conservándola con gran veneración, colocada en el salón principal de su casa solariega.

No habiendo dejado hijos, correspondió á

su muerte á su sobrino D. Isidoro de Uriarte y Grandmaison, quien, al tomar estado su hijo D. Isidoro de Uriarte y Divigneau se lo regaló. Muerto este joven, debía haber vuelto el Santo Crucifijo á su padre; pero dejó expresado en

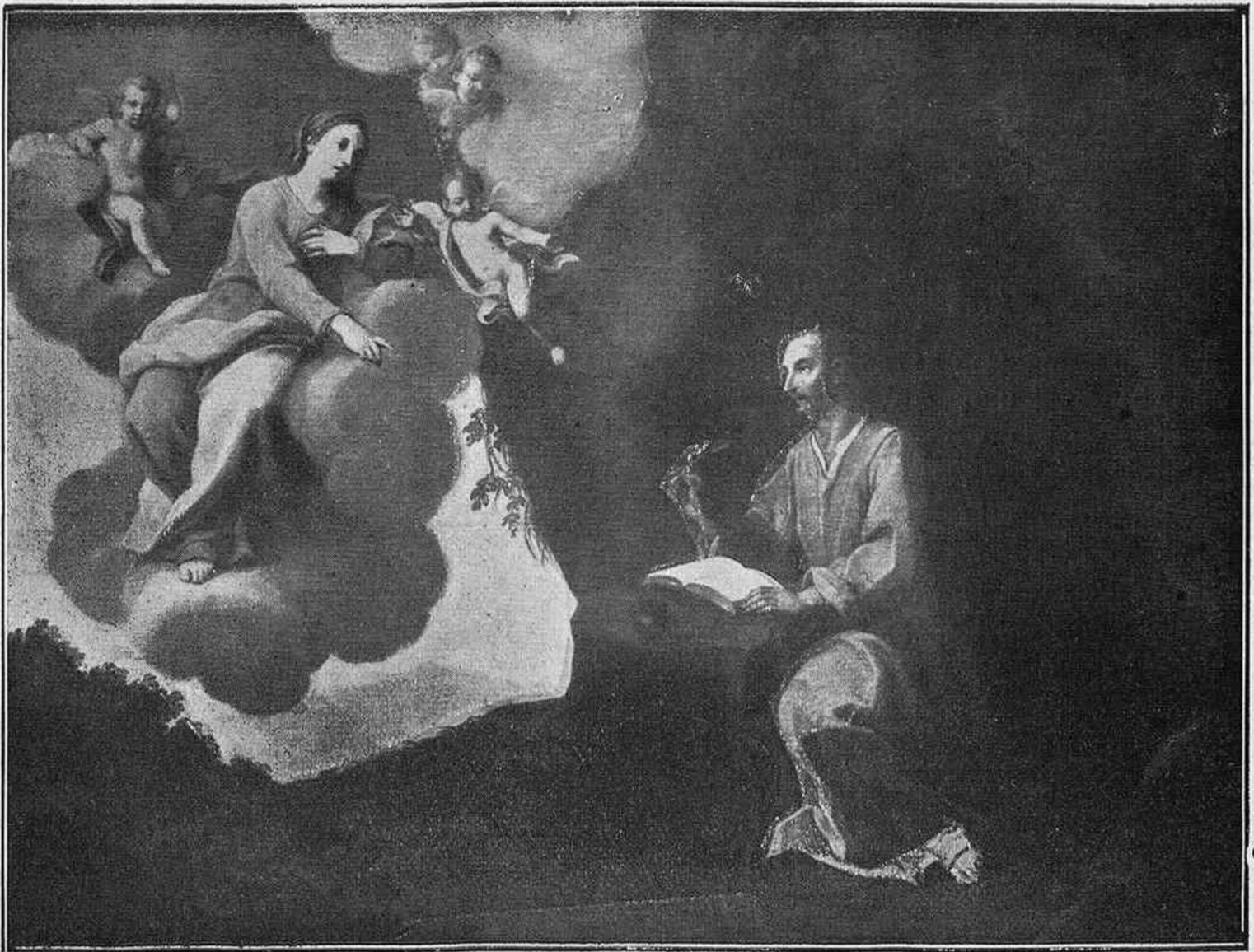


Crucifijo con que murió San Ignacio de Loyola, en Roma el 31 de Julio de 1556.

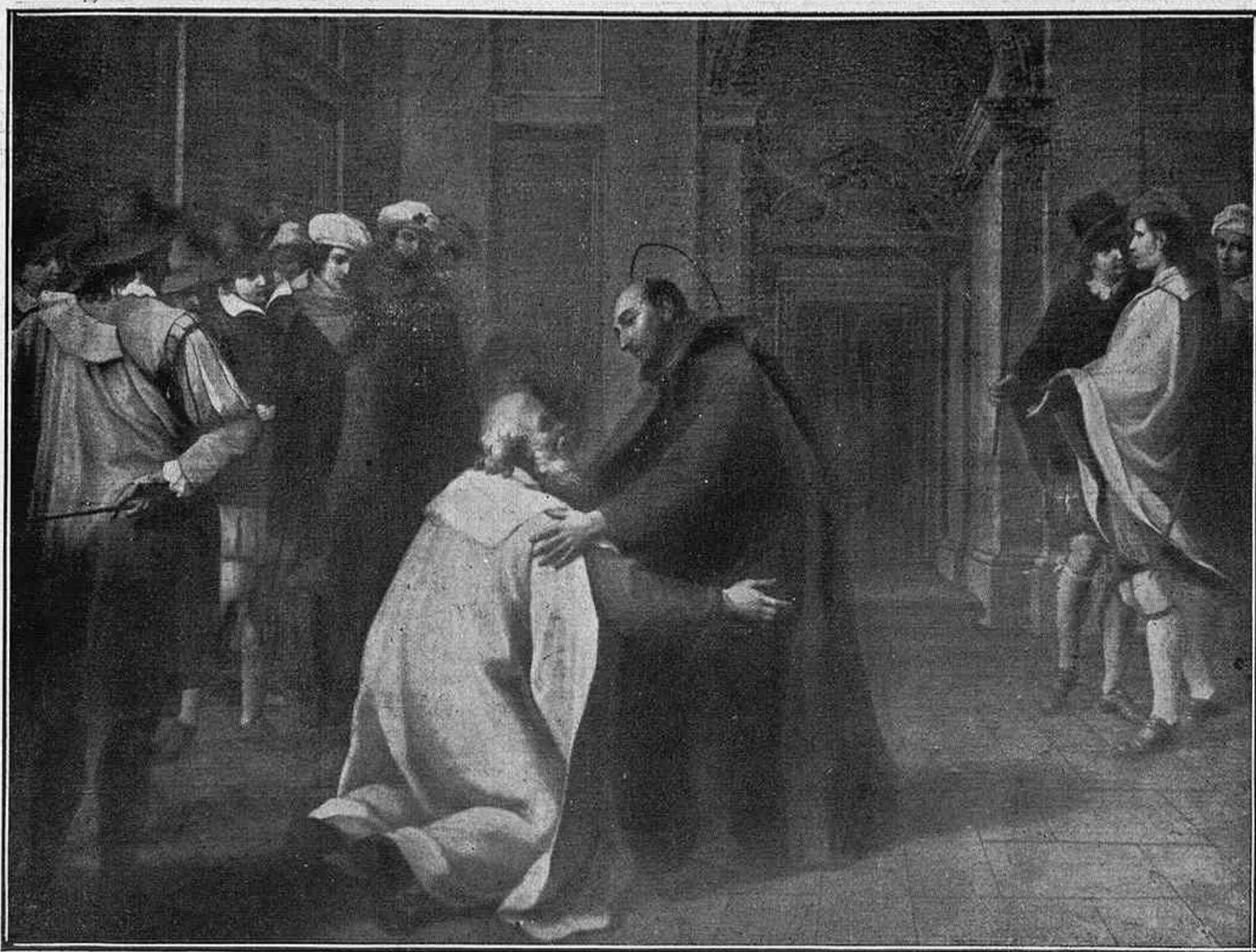
su testamento su deseo de que lo conservase su viuda, mientras viviese. Así se hizo y esta piadosa Señora, actualmente religiosa y esclava del Sagrado Corazón de Jesús, lo tiene en su poder.



San Ignacio de Loyola gravemente herido y sin esperanza de sanar recibe la celestial visita de San Pedro, de quien había sido singularmente devoto, y recobra por su intercesión la salud de cuerpo y alma.—(Cuadro del Seminario de Salamanca).



Se aparece la Sma. Virgen á San Ignacio en la cueva de Manresa y le dicta el libro de los *Ejercicios Espirituales* que tanto bien habían de hacer en las almas.—(Cuadro del Seminario de Salamanca).

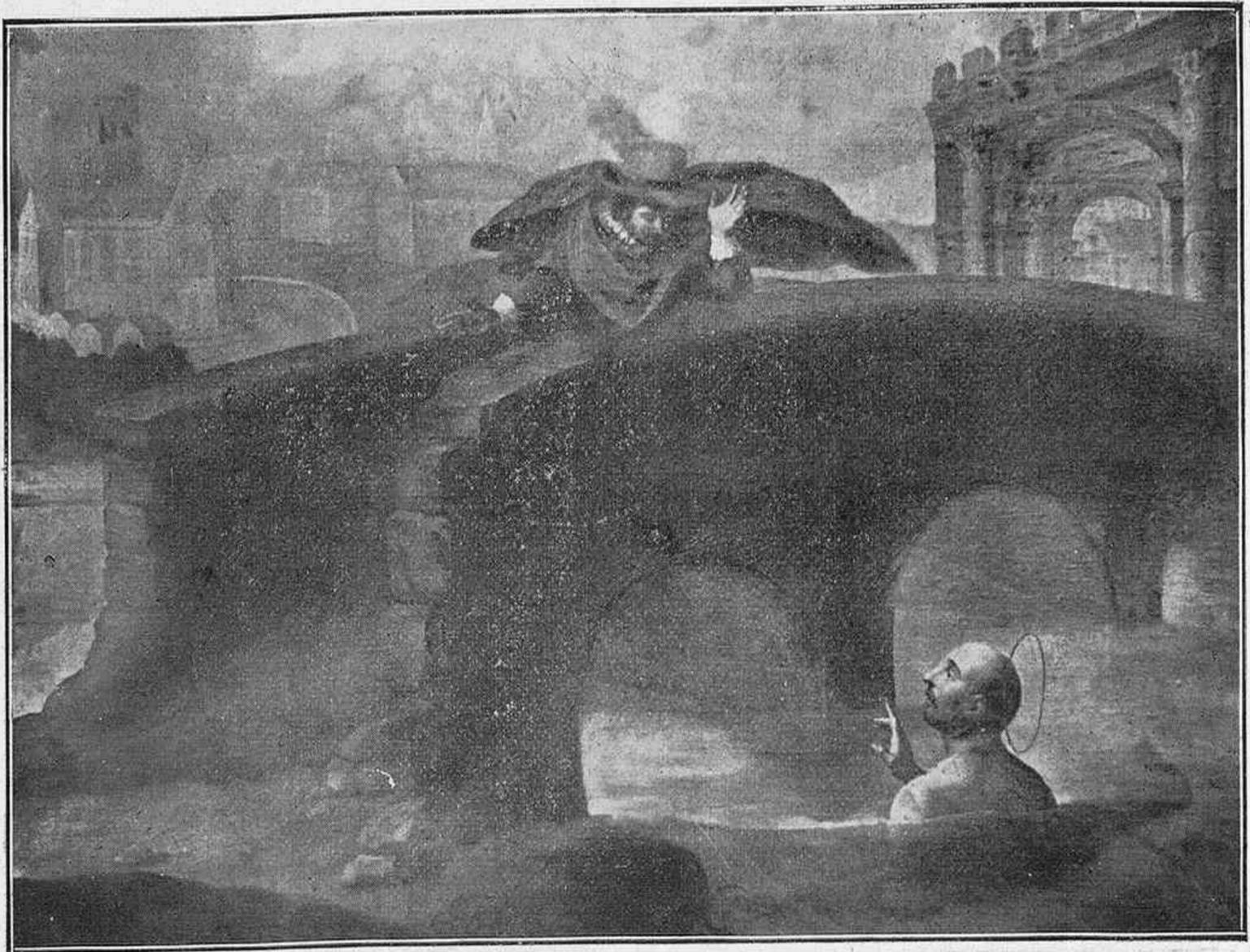


Estudiaba San Ignacio en el Colegio de Sta. Bárbara en París y movido de santo celo animaba á algunos de sus compañeros á dedicarse á la piedad y prácticas piadosas. Lleváballo muy á mal un maestro de aquel Colegio alegando que sus discípulos, por acudir los domingos á los devotos ejercicios y santas obras, descuidaban las lecciones. Acudió con esta queja al Dr. Govea, que dirigía el Colegio y determinaron darle una *sala*, cruel y ejemplar castigo de azotes dados públicamente por todos los preceptores que había en el Colegio y en presencia de todos los estudiantes. Aceptó San Ignacio el castigo por amor de Jesucristo y estaba ya dispuesto á tal afrenta y dolor, cuando reflexionó que su castigo sería

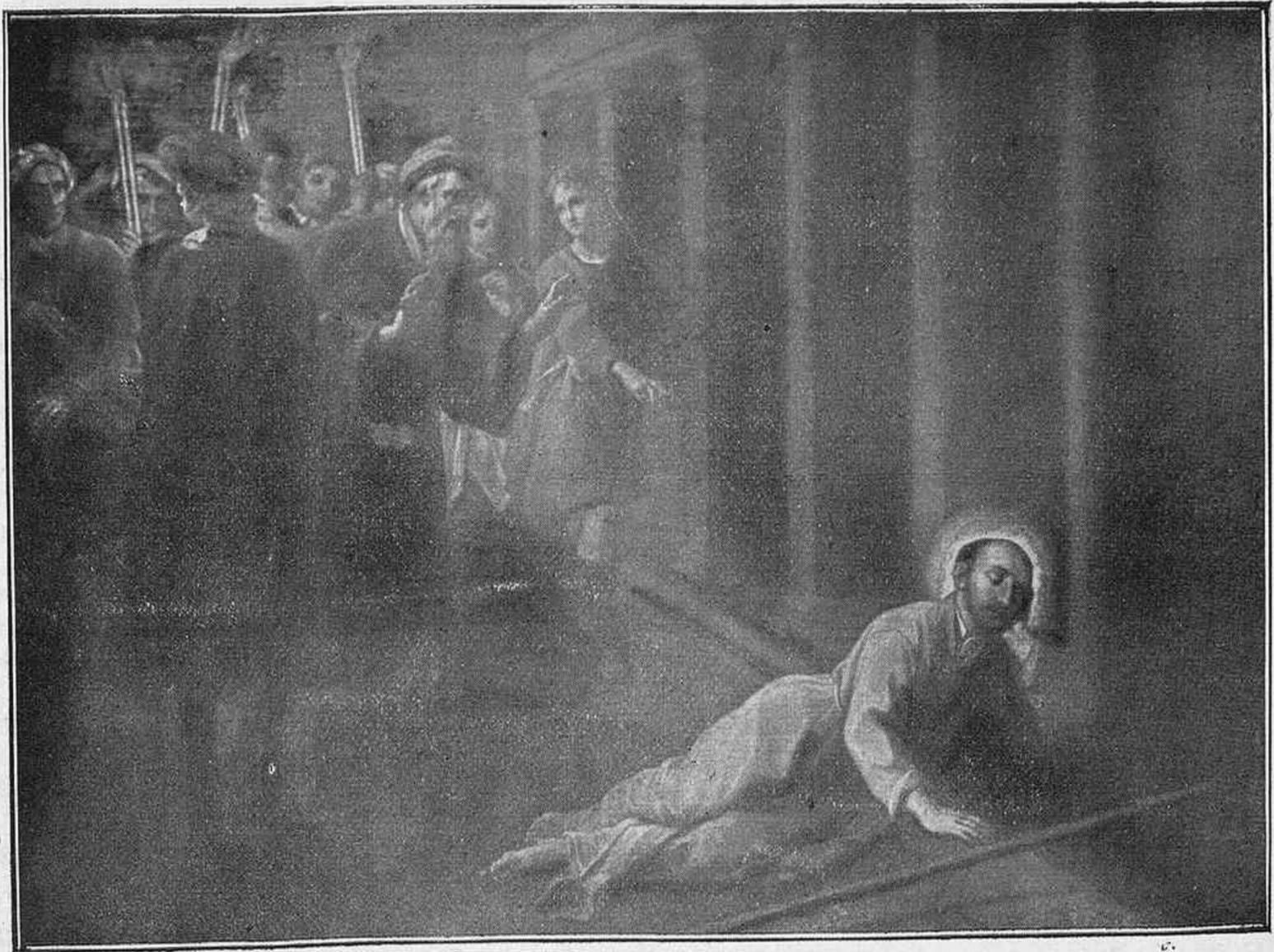
piedra de escándalo para los principiantes en el camino de la virtud, que se espantarían y volverían atrás de sus santos propósitos.

Llevado de estos pensamientos se presenta al Dr. Govea y le dice que, no por sí sino por el daño espiritual que haría á los demás, mirase bien lo que iba á hacer. No le dejó terminar: tómale de la mano el Dr. Govea y le lleva á la pieza donde los maestros y discípulos le estaban esperando, y puesto allí de rodillas delante del Santo y derramando copiosas lágrimas le ruega le perdone, y proclama á voces que aquel hombre es un santo, pues no tiene cuenta con su dolor y afrenta sino con el provecho de los prójimos y honra de Dios. (Cuadro del Seminario de Salamanca.)

Se recomienda la Sagrada Comunión para el día 16 de Julio, fiesta de Ntra. Señora del Carmen, y se invita á celebrar la festividad de San Ignacio de Loyola en el Colegio respectivo el 31 del mismo mes.



En París por salvar el alma de un infeliz que arrastrado de sus pasiones se dirigia un día á ofender á Dios, S. Ignacio entra en un río de frigidísima agua cerca de un puente por donde aquel desventurado habia de pasar y al verle «Anda, le dice, anda á ofender á Nuestro Señor: ¿No te espanta el infierno que tiene su boca abierta para tragarte?: anda que aquí me estaré yo atormentando y haciendo penitencia por ti hasta que Dios aplaque el justo castigo que contra ti tiene aparejado». Espantóse el hombre con tan señalado ejemplo de caridad; paró y herido de la mano de Dios volvió atrás confuso y atonito, y enmendó su desreglada vida. (Cuadro en el Seminario de Salamanca.)



Estaba una noche en Venecia S. Ignacio de paso para Tierra Santa, pobre, maltratado, durmiendo en el suelo, sin que hubiese quien le albergase, cuando un rico senador de aquella ciudad, que estaba durmiendo plácidamente en su cama oyó unas voces como que le despertaban y le decían: «¿Cómo, que tu andes delicada y ricamente vestido y estés tan regalado en tu casa y que mi siervo esté desnudo en los portales de la plaza? ¿Que tu duermas en cama blanda y ricamente

aderezada y que él esté tendido en el duro suelo al sereno?» Levantóse á estas voces el senador, despavorido y espantado con esta novedad: salióse con gran prisa de su casa, sin saber á quién buscaba ni á donde le habia de buscar y vase por las calles, y llegado á la plaza de San Marcos, halló á nuestro peregrino tendido en el suelo; y entendiéndole que aquel era el que Dios le mandaba buscar, llevóle aquella noche á su casa y tratóle con mucho regalo y honra. (Cuadro en el Seminario de Salamanca.)



Iba San Ignacio camino de Roma, cuando á pocas millas de la ciudad encontró un templo desierto y sólo: entró en él á hacer oración y allí dice su biógrafo P. Rivadeneira, los ojos de su alma fueron con una resplandeciente luz tan esclarecidos que claramente vió cómo Dios Padre volviéndose á su Unigénito Hijo que traía la cruz á cuestas, con grandísimo y entrañable amor le encomendaba á él y á sus compañeros. Y habiéndolos el benignísimo Jesús acogido se volvió á Ignacio así como estaba con la cruz y con un blando y amoroso semblante le dice: «Yo os seré en Roma propicio y favorable». De aquí que cuando se trató de dar nombre á la nueva religion que San Ignacio fundaba no quiso éste que se llamase de otra manera que «Compañía de Jesús.» (Cuadro en el Seminario de Salamanca.)

Gustando el veneno

Hallándose dos amigos en una casa de campo, trabaron el siguiente diálogo acerca de un libro malo que alcanzaba por entonces cierta celebridad.

—¿Lo has leído?

—Yo no; porque no puedo, según el juicio de personas autorizadas.

—Has hecho mal, amigo mío, hay que verlo todo.

Iba el otro á poner la debida réplica, cuando, providencialmente sin duda, entró introducido por la cocinera un pastor con un cesto de magníficos hongos. El dueño, que era aficionadísimo á ellos, los observó, y luego dijo con aire poco satisfecho á su huésped:

—¿Qué te parece?

—¿A mí me lo preguntas? Más razonable es pedir el parecer á la cocinera, que es juez competente en la materia.

Requerida ésta, declaró que los hongos eran venenosos, por lo que se dispuso fuesen inutilizados.

—Dispensa, amigo, primero debieras probarlos.

—Pero, ¿si fuesen nocivos?

—No, no, hay que hacer experiencia de todo. ¿No me lo acabas de decir ahora mismo?

—¡Loco! ¿Quisieras que yo me pusiera en peligro

de envenenarme sólo por estar cierto de que son dañosos?

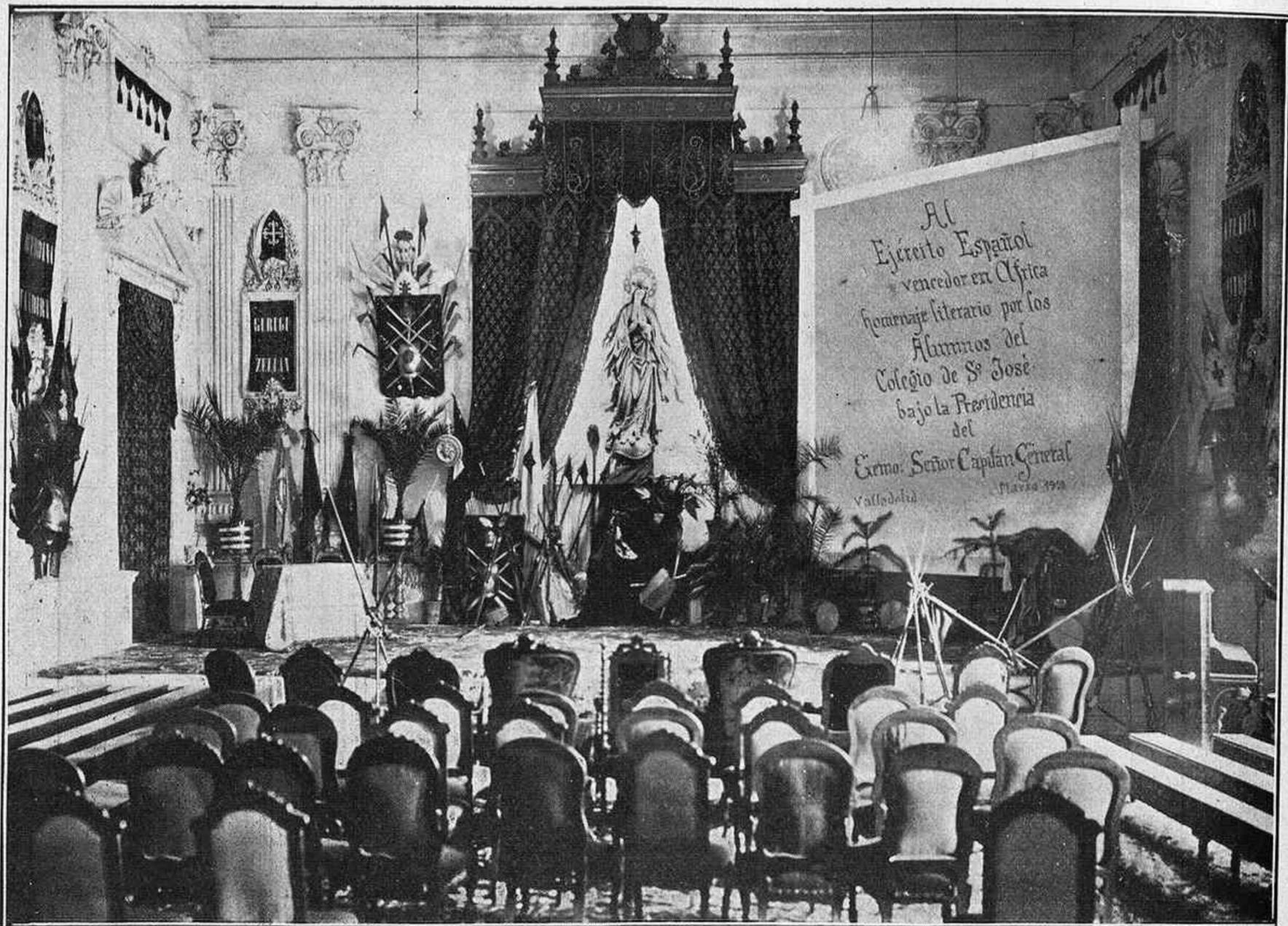
—¿Y tú pretendes que me exponga á ser víctima de la ponzoña que encierra aquel libro?

Al oír estas palabras, comprendió el uno la moraleja y estrechó con efusión la mano del otro.

Ea, pues, lector prudente; dejemos á la cocinera juzgar acerca de los hongos, y á la Iglesia que juzgue y condene los libros. Muchos se han envenenado moralmente por el insensato afán de querer juzgar por sí mismos los libros y periódicos reprobados.— Entre estos lo han sido por autoridad competente: *El Imparcial*, *El Liberal*, *Heraldo de Madrid*, *Diario Universal*, *La Correspondencia de España*, *España Nueva*, *La Epoca*, *A B C* y otros similares de Madrid y de Provincias que se sostienen gracias al favor que les prestan con su colaboración y con su dinero muchos católicos ininteligibles.

Rogad á Dios por el eterno descanso de la joven Sara Becaña y González, que falleció santamente en Cangas de Onís el día 26 de Junio de 1910, á los 21 años de edad. Así lo desean sus hermanos Francisco y Melchor, alumnos de Gijón.

COLEGIO DE VALLADOLID



LOS JESUITAS Y LA MILICIA

I

¿Véis esos trofeos, ese conjunto de armas é insignias militares que cuelgan de las paredes, se yerguen del suelo, ó yacen en calculado montón por los ámbitos de ese vistoso escenario?

Son como el «*tropaion*» de los griegos, una especie de botín de guerra recogido por los minúsculos vencedores y depositado allí como recuerdo monumental de un hecho de armas glorioso.

¿Sabéis cuál ha sido esa batalla campal?

Pues una velada pública que, bajo el pabellón de su patrono San José han celebrado los jóvenes alumnos del Colegio de la Compañía de Jesús de Valladolid.

Trataban de cantar al ejército victorioso en el Rif, y era la empresa superior á sus fuerzas. Había de presenciar el acto la más elevada autoridad del ejército en la región, con la plana mayor de su distrito militar, personas todas idóneas y de selecta inteligencia y cultivada instrucción... ¿Cómo hacer sus primeras armas los bisoños colegiales ante tan alta representación de la milicia, tratando precisamente de recientes *campanas* gloriosísimas, de no menos recientes *atropellos* antimilitaristas, y de la siempre antigua y siempre nueva proverbial hidalguía y valor de nuestros soldados?...

Pues, con todo eso, sus ánimos, al llegar la hora crítica se duplicaron con sólo ver delante de sí á los mismos pundonorosos militares que acudieron en

gran número á alentar con su presencia la empresa titánica. Crecieron sus ánimos viendo ante sí las más elevadas autoridades de la ciudad y de la provincia, en lo civil y eclesiástico, en la diputación y en el municipio, en la judicatura y magisterio.

Allí estaban en efecto junto al Excmo. Sr. Capitán general de la región D. Ramón González Tablas, el Excmo. Arzobispo de la Diócesis D. José María de Cos, el Sr. Presidente de la Audiencia D. Liborio del Hierro, el Gobernador civil Sr. Fuentes, el Alcalde, Sr. Fernández de la Reguera, el Presidente de la Diputación Sr. Gabilán, el delegado de Hacienda Sr. Feito, el decano de la Facultad de Derecho Señor Lezcano, y el R. P. Rector del Colegio Baltasar Irigoyen.

Pero detrás del alfonbrado estrado donde se asentaban estos distinguidos personajes, se agolpaba, más bien que se acomodaba, como suelen las ávidas muchedumbres, una selectísima concurrencia, compuesta de distinguidas señoras y caballeros, jefes de todos los cuerpos de guarnición en la Plaza, de alumnos de la Academia de Caballería, y en suma de lo más distinguido y correcto entre la buena sociedad valli-soletana. Y con ser inmensa la concurrencia, aún puede decirse que fué tan grande la que por insuficiencia de local hubo de retirarse con dolor á su domicilio.

Un auditorio tan escogido y tan numeroso ¿no

debía desde luego reanimar y enorgullecer á los bravos actuantes? ¿No era esto ya cederles la palma, y entregarse todos con armas y bagajes á merced de los presuntos vencedores?

II

Así lo entendieron ellos. Comprendieron que el solo anuncio de un *epinicio* á los militares españoles era ya en esta ocasión la garantía de un éxito grande, que los estúpidos iniciadores de los movimientos sediciosos de Barcelona y con ellos toda la prensa bruta que los jalea, al zaherir á la tropa, como lo han hecho, nos han herido por lo mismo á los buenos ciudadanos en la fibra más delicada de nuestro patriotismo; y que con esa fatal y contraproducente manía antimilitarista solo han logrado aproximar más y más entre sí los dos únicos elementos de orden que caben hoy, el preventivo y el represivo, simbolizados en la religión y el ejército; y por consiguiente, que ellos los *alumnos* de unos religiosos esencialmente militares (Compañía de Jesús) al tratar de alabar y bendecir en Jesús á los buenos militares, de antemano tenían asegurada la benevolencia y el aplauso de todos los soldados y militares profundamente cristianos (entiéndase «clericales») y de todos los patriotas, acogidos en estos tiempos de lucha feroz al amparo de la cruz que preserva y de la espada que reprime.

Por eso las salvas de aplausos, que durante toda la fiesta se sucedieron sin interrupción, y gradualmente fueron creciendo, las hacían rebotar desde el proscenio los disertantes y poetas, á fin de que volviesen á su verdadero y principal destino, que era la bizarra milicia de nuestra patria, la debeladora del Rif, la defensora de Barcelona.

III

Así lo hizo constar en su *Discurso preliminar* D. José María Gutiérrez Cortines, y aún quiso que los oyentes guardasen todavía en su corazón para ese ejército invicto otros más calurosos aplausos; porque los jóvenes alumnos, á pesar de sus esfuerzos, ni podrían presentar en toda su execrable abominación á los insensatos y antipatriotas antimilitaristas, ni presentar en todo su valor y mérito al ejército español.

La música militar, ejecutando «L' Arlesienne» de Bizet, se encargó desde luego de centuplicar los ecos de los actores y los aplausos de los expectadores. Y fué ella digno prelude del primer ataque rudo que dió á los antimilitaristas de la *Semana trágica*, el alumno José María de Orúe y Arregui. Convictos y confesos de sus odios á la patria y á su baluarte la tropa, fueron desfilando por la pantalla en cerca de veinte proyecciones, los incendiarios, asesinos y exhumadores de Barcelona, los que quisieron hacernos creer que solo atentaban contra el culto católico, cuando sus tiros iban, á través de los campanarios y torres, contra los castillos de nuestros escudos, castillos que hubieran también derruido, si los próximos leones rampantes que nos defienden no les hubieran pronto ahuyentado y destruido. Detrás de los asesinos vimos proyectarse á los jefes de aquella zona salvadores de Cataluña.

Y claro está, la Musa cristiana, entusiasmada con la vista de esos héroes, horrorizada en presencia de esos malvados, prorrumpió por boca del joven Dávila y Huguet en viriles estrofas de indignación y en vigorosos acentos de bendición y de gloria; y todo el pueblo vibró en consonancia con sus *execraciones y encomios*.

Entre unos y otros, entre los enemigos conscientes de acá, y las tropas españolas dolorosamente obligadas por la revolución á reprimir á los caínes de nuestra patria, aparecen en el campo del Africa los *rifeños*, por un lado menos conscientemente aversos á España, por otro más á placer sojuzgados por nuestro noble ejército. Con esa clase de enemigos nuestros, una vez sofocados los primeros levantamientos, se empleará, no sin éxito, la colonización pacífica y cristiana, á fin de atenuar sus odios inveterados y de modelar aquellas sus extrañas costumbres, que tan gráficamente describió de palabra é ilustró con ricas proyecciones el Sr. D. Manuel Valls y Herrera.

Hasta aquí el decurso de la Academia versaba más que nada sobre lo que se ha laborado recientemente *en contra de la bandera*.

Era necesario volverse de frente á las tropas, y celebrar de plano lo que ellas acababan de hacer *por la bandera*.... Y á esto se dispusieron los actuantes, mirando hacia el Africa y escuchando entre una y otra sesión el lejano «Toque del Ave María» de Nardi.... María, la patrona de los colegiales presidía la Academia. María, la patrona de nuestra infantería, presidía sus combates desde lo alto del Gurugú.

Una bandera como la nuestra, mezcla de pendón de España y de estandarte de María, que se ve ondear en la cresta del histórico monte, es lo primero que atrae las anhelosas miradas de los pequeños. *Un canto á la bandera*, fué, pues, la primera salva de esta segunda parte, grandiosa oda que declamó don Francisco Silió y Galán.

Tras de una bandera patriótica y religiosa, sólo avanza un ejército cristiano y valeroso. Y que en las últimas campañas rayó en heróico el valor y la religiosidad del ejército nuestro, bien lo demostró con robusta entonación y poderoso raciocinio el señor D. Francisco Romero y Romero, relatando, glosando y ensalzando las gloriosas hazañas del general en jefe, de los jefes y oficiales, de los capellanes y vicarios, de los nobles y plebeyos, de los cabos y tropa entera, que sus más salientes representaciones pasaron ante nuestros ojos y arrancaron los aplausos á nuestras manos; aplausos que seguro no les hubiéramos otorgado, si así como no se nos presentaron heroicamente aguerridos, no se nos hubieran presentado también profundamente cristianos. Porque los que con fe son temibles, sin fe serían sencillamente despreciables.

Pero, no haya cuidado: á boca llena podemos saludar como esencialmente católico al ejército patrio, que excepciones inverosímiles, ni quitan el nombre de cristianos á los más, ni ponen un átomo de valor sobre la bien probada hidalguía de los valientes.

Por eso, prorrumpió con un *Saludo á los valientes* el joven D. Luis Peña y López, saludo cordialísimo equivalente á un estrecho abrazo que dimos todos á los héroes de la fe, porque en vez de intimidarse al ver descender al Mahometano «con la blasfemia en la boca y la gumia en la mano», le arrollaron por Dios y España, como arrolla á la pantera insidiosa el león bravo del desierto.

Y porque hoy «una cruz y una bandera son el orgullo de España», también para ellos y para los que han sucumbido en nuestras últimas cruzadas del Rif, hubo un recuerdo de gratitud y alabanza, corona de laurel y de oliva que puso Dios nuestro Señor sobre la tumba de los *mártires de la patria*.

IV

Este fué el acto público de los *patrióticos* alumnos de la Compañía de Jesús en el Colegio de San José de Valladolid.

La bandera roja y gualda que flameaba en el balcón principal del Colegio, mostraba bien á las claras que de las ideas lanzadas por sus alumnos se hacían solidarios los maestros y directores.

La Compañía de Jesús una vez más ponía su magestuoso, su inmaculado pié sobre sus detractores. Los sobrevivientes de los tristes actores de la semana trágica, en vez de ir á sumarse con las hordas del Rif, escupían, desde diarios tan rifeños y ferreristas como *El País*, sandeces demasiado despreciables para tenidas en cuenta y refutadas.

Pretendían ellos, los antimilitaristas, los anticristianos, hacer creer al bravo ejército, que los aplausos de la Compañía de Jesús eran besos zalameros de traidor.

La mejor refutación de esta estúpida especie la dieron los alumnos de los jesuitas y los militares asistentes; aquellos dando á una la batalla contra los moros de allá y los judíos de acá; éstos recibiendo gustosos el homenaje tributado por los alumnos.

V

Ellos fueron los jueces del gran *simulacro*. Ellos presenciaron el combate juvenil, y todas las evoluciones tácticas que en el género artístico, histórico, patriótico y religioso, con sin igual maestría los bravos bisoños ejecutaron.

Y si á este tan feliz simulacro se le conceden ho-

nores de *grandes maniobras*, como es lícito suponer de la importancia que sus jueces dieron al acto, y porque no se redujo el ejercicio á un aislado combate convencional y ficticio, preparado de antemano para que evolucionaran y operaran las fuerzas primerizas, sino que fué una prueba en grande de las condiciones de lucha de los alumnos, de su bravura y resistencia, de sus medios de combate, de su aplicación á la guerra moderna que se hace *«pro ara et focus»*, del terreno que han de pisar, de la vida aventurera que han de vivir, finalmente de la subordinación y obediencia que han de mostrar á sus celosos, activos y entendidos jefes, en el orden patrótico religioso y en el social cristiano...; ¡sea! no desdeñarán ellos esa honrosa apreciación de sus caballerosos oyentes y jueces; juzgarán como ellos que el acto de Valladolid fué una *gran maniobra* habilmente preparada por sus directores jerárquicos, y los aplausos allí cosechados los guardarán cuidadosos para decir á sus hijos, cuando los manden al colegio:

«Mirad, ese es el preciado botín que recogieron vuestros padres siendo bisoños estudiantes, en la operación más estratégica y lucida de sus ejercicios escolares.

«Allá os enviamos hijos queridos; á someteros á los mismos elementos, personas y circunstancias que templaron un día nuestro espíritu; á haceros discípulos de la Compañía de Jesús.

«Sed buenos alumnos de su Colegio y buenos *cadetes* de sus academias, y por lo que ellos tienen de *Compañía* aprended á ser buenos patriotas, y por lo que tienen de *Jesús* aprended á ser buenos cristianos.»

UN EXPECTADOR (antiguo colegial).

Ecós de una novillada en el Colegio de Orduña

Ya está todo preparado,
ya vá á empezar la corrida,
¡qué cuadrilla más lucida!
¡qué *maestro* más templado!
El público entusiasmado
los toros no han de faltar,
mas, ¿á dó irán á saltar
esos cinchaos peones?
¡no ván á ser coscorrones
los que se ván á llevar!

Ya sale el toro primero
pero un toro superior,
no lo ha visto otro mejor
el mejor y más torero.
Es de poder, bravo, fiero,
muge, corre, brinca, salta,
siempre la testuz muy alta
vá trás la gente de trenza,
mas sin pizca de vergüenza;
¡lo único que le falta!



COLEGIO DE ORDUÑA.—Filigranas por los maestros.

Sale otro con muchos piés
y los chicos le rodean,
y los jacos lo estropean
y todo sale al revés.
«Maera», buen cordobés

con jindama, vulgo miedo,
torea de cerca y quedo
y como quien no hace nada
le enjareta una estocada
que me lo junde en el ruedo.

Sale un bicho de poder,
se abronca mucho á un torero
que le contesta un «no quiero»
un «no quiero» sin querer,
y acabó como hay que ver;
pero á mí me supo á gloria
y, ó ¿habrá algún tonto de Coria
que no le chifle esta fiesta?
¡Si una corrida como esta
no se registra en la Historial

J. Leizaola



COLEGIO DE ORDUNA.—Cesarito pasando de muleta.



COLEGIO DE ORDUÑA.—Aparatosa cogida de Poca-pena.—Posturitas al quite.

abrirse paso en medio de
aquel hormiguero de ca-
nenas.

Los cohetes silban ras-
gando los aires, los dos
cañoncitos del Colegio ha-
cen oír sus estruendosas
salvas y la banda tocando
un pasodoble anima á los
gigantones á bailar.

Acabado el baile, el
pregonero anuncia en voz
alta los festejos que en
honor del P. Rector se
habían de celebrar, y des-
pués de repetirlo por se-
gunda vez desaparecen
tras la puerta del salón
seguido de los cabezudos,
jadeantes ya después de
tan rudas correrías.

«Señores cabezudos, no
os dejéis otra vez acorra-
lar así por esos peleles.

¿Para qué se han hecho e-as vegigas?»

Llegó por fin el día deseado. La Misa cele-
brada por el R. P. Rector fué amenizada por
la orquesta y recibimos de sus manos la sagra-
da comunión, mientras en el coro se cantaban
delicados motetes.

Durante el primer recreo, se abren las
puertas del salón de actos y otra vez los colo-
sales gigantones. Comienzan reñido partido los
mayores con enorme pelotón, que apuradillo
me vería yo para darles un abrazo.

A las diez y media fué la Academia.

Los acordes de la orquesta inundaron varias
veces el salón de actos. Se disputa con extra-
ordinaria elocuencia acerca de la «Galbanitis»

GRATÍSIMOS recuerdos nos dejó el 26 de
Abril destinado á manifestar por pala-
bras y obras el cariño que tenemos á nuestro
nuevo P. Rector R. P. Enrique Carvajal.

Grandes fueron los preparativos que para
ese día se hicieron. La víspera encontramos al
salir de las clases de la tarde que los patios
estaban lujosamente adornados con banderas y
escudos, renovados con primor por el H. Mata.
Momentos después de comenzar el recreo la
puerta del salón de actos se abrió para dar
paso á lujoso cartel de fiestas que agradó
sobremanera. Salieron á continuación dos gi-
gantes luciendo los trajes de domingo, segui-
dos de los cabezudos, que se encargaban de

y se echa la culpa de tal epidemia al estúpido cometa Halley.

Sierra nos declamó sentidas estrofas *In memoriam* dedicadas á aquel P. Rojas que tantos recuerdos dejó en Orduña.

Juanito Pombo arrancó nutridos aplausos cada vez que remataba una de las seguidillas de aquella «Retreta de la minoría.»

Luego el conocido «Mateito» leyó con mucho donaire la «Historia de D. Triponcio I el Gordo.» Entre una escuelita formada por los pequeños nos hicieron conocer á «Orduña por dentro.»

Termina el acto con un himno cantado por todo el Colegio acompañado de orquesta.

El Reverendo P. Rector habló al final dando las gracias por los obsequios, aceptando las oraciones y mortificaciones ofrecidas por manos de la Congregación y concediéndonos un campo en tren á Llodio, ya que no podía ser á Durango por el fracaso de la «Aviación.»

Entusiastas aplausos acogieron las palabras del P. Rector. Nuestra alegría no tuvo límites y duró hasta después de experimentar con apetito el exquisito menú que se nos había preparado.

Por la tarde, después de una breve carrera de obstáculos, aparecieron serpenteando dos filas de patinadores que vestidos con traje de sport corrían echando chispas y daban elegantes vueltas y combinaciones por el cobertizo.

¡Qué calígrafos echando firmas con gracia!

Ejecutaron variadas y bonitas combinaciones, por debajo de estrechos arcos tan pronto en la misma dirección como en contraria, correteando entre botellas en alternados giros.

Corrieron luego las cintas paseándose con ellas en triunfantes vueltas. Por el plano inclinado subieron y bajaron describiendo vistosas curvas que agradaron tanto por ser la primera vez que se hacía aquello como por la gentileza de los patinadores. Tan pronto salían disparados como un triquitraque como paraban en seco, ó se cruzaban y se perseguían cual una bandada juguetona de alborotadas golondrinas.

Ruidos de cascabeles acompañados de chistu y tamboril apercibieron bien pronto nues-

tros oídos: era que los incansables espata-danzaris recorrían espada en mano el cobertizo para dar comienzo á los primeros números del baile. Estuvieron por todo lo alto como siempre; y se retiraron en medio de nuestros aplausos al son de la marcha de San Ignacio.

A todo esto, sobre la mesa de la presidencia se ostentaba una soberbia bandeja de cucuruchos de caramelos que recibieron á poco íntimas caricias de los agraciados.

A la noche se quemó una bonita colección de fuegos artificiales.

Las ruedas, como de costumbre, empiezan poco á poco á girar, después, con mayor rapidez, hasta emprender luego vertiginosa carrera lanzando chispas caprichosas, suenan algunos tacos, pierden su brío y vuelven á recobrarle con mayor esplendor; al fin sale una luz blanquecina como un sol ardoroso y fenece lanzando multitud de cohetes por todas partes que serpentean por allá arriba, semejando formidable bombardeo. Y así acabó aquel día que todos creíamos interminable, pero al siguiente teníamos campo y nos fuimos á soñar...—«Y esto se vá ya, señores, me decía yo, cuando trataba de conciliar el sueño.» «Esto se vá y vienen los exámenes.» ¡Y con esta incertidumbre....?

Andrés Aristegui.

Alumno de 3.º año y Congregante Mariano

APOSTOLADO de la ORACIÓN

Primer grado

J U L I O

Intención General aprobada y bendecida por Su Santidad

La Religión Católica en el Ecuador.

ORACIÓN PARA ESTE MES

¡Oh Jesús mío! por medio del Corazón inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón.

Os las ofrezco, en especial, para que el Ecuador, fiel á sus tradiciones dé ejemplo de nación oficialmente católica.

RESOLUCIÓN APOSTÓLICA

Trabajar por la República del Sagrado Corazón, y trabajar por el reinado social de Jesucristo.

Compañía Asturiana de Artes Gráficas y Litografía Jerezana

GIJÓN-JERÉZ

INSTITUTO CATOLICO DE ARTES É INDUSTRIAS

DIRIGIDO POR

PADRES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Madrid.—Alberto Aguilera, 25

Para responder á las muchas preguntas que continuamente se hacen acerca de este Instituto, único en su género que tiene la Compañía de Jesús en España, y para darlo á conocer á quienes pudiera interesar su noticia, nos ha parecido conveniente publicar estos datos.

I.—Lo que es este Instituto.

El *Instituto Católico de Artes é Industrias*, es una Escuela Industrial donde pueden adquirir una sólida formación los jóvenes que deseen consagrarse á trabajos relacionados con las industrias mecánicas y eléctricas.

II.—Grados de enseñanza que comprende.

Tres grados comprende esta enseñanza: la del obrero, la del perito y la del ingeniero. Para la enseñanza del obrero hay de siete á nueve de la noche Escuelas gratuitas de aprendizaje, donde los alumnos aprenden la teoría y se ejercitan en la práctica conveniente para los oficios de ajustadores, forjadores, maquinistas, electricistas y fundidores.

Durante el día se tienen las clases correspondientes á la carrera de Perito Mecánico-Eléctrico, y para los que vayan terminándola y muestren disposición, se proyecta hacer una ampliación de los estudios, á fin de que puedan los alumnos obtener el grado superior de Ingeniero Mecánico-Eléctrico.

III.—Carácter de la enseñanza.

El carácter de la enseñanza es eminentemente práctico. Ni en el número de las asignaturas ni en la extensión de las materias se tiene otra norma que dar al alumno lo necesario y conveniente para las aplicaciones prácticas propias de la industria. Por esto en las Matemáticas, Mecánica y Electricidad, tienen grande importancia los ejercicios de resolución de problemas industriales. En los trabajos de dibujo, laboratorio y prácticas de taller, se invierten varias horas diariamente, siguiendo en esto el ejemplo de las escuelas prácticas industriales del extranjero. El Francés se aprende hablándolo y oyéndolo hablar, no sólo en las explicaciones de clase, sino en las horas de taller, de Tecnología y Dibujo. La enseñanza teórica se da por ingenieros españoles, y la práctica por técnicos, en su mayoría belgas, que han ejercido largo tiempo su profesión en la industria extranjera.

IV.—Materias que se cursan.

Para obtener el grado de Perito, las asignaturas fundamentales son: Aritmética y Algebra,

Geometría y Trigonometría, Geometría Analítica y Descriptiva, Mecánica general y aplicada, Electrotecnia y Dibujo. El Dibujo comprende: ejercicios á mano alzada, dibujo geométrico, dibujo de proyecciones, dibujo mecánico, dibujo de construcción y dibujo eléctrico. Además de estas asignaturas, hay clase de Religión, de Francés, de Economía y de Legislación industrial, de Física general, de Química general é Industrial y manejo de tablas y formularios.

V.—Talleres y Laboratorios.

Todos los alumnos que aspiran al grado de Perito han de pasar por los talleres de modelado, fundición, forja, ajuste, máquinas herramientas, construcción y reparación de dinamos y motores eléctricos, y por los laboratorios de Química, de generadores de fuerza mecánica y energía eléctrica, de medidas eléctricas y de instalaciones eléctricas. Todos estos talleres y laboratorios, ó están ya instalados, ó se instalarán en breve.

VI.—Años de estudio.

La carrera de Perito Mecánico-Eléctrico podrá hacerse en cuatro años. La ampliación para el grado de Ingeniero, caso de establecerse, podrá cursarse en dos ó tres años.

VII.—Preparatoria.

El grado de bachiller, bien hecho, es buena preparación para la carrera. En el mismo edificio existe el Colegio destinado á la enseñanza de un bachillerato, en seis años, sin sujeción á los planes oficiales, y que podrá servir de excelente formación previa para los que más tarde deseen seguir en el Instituto la carrera industrial.

El número de plazas para esta carrera, es limitado, y se obtiene el ingreso en ella mediante ejercicios de oposición que se tendrán en el mes de Septiembre. Versarán éstos sobre puntos de Aritmética, Geometría, Dibujo á mano alzada y Catecismo, con arreglo á los programas que podrán obtenerse en la Secretaría del Instituto. Para que puedan disponerse á este examen los que no hubieren aún cursado las materias que se requieren, hay clases preparatorias en el mismo Instituto.

VIII.—Edad de los alumnos

Para entrar en el curso preparatorio, los alumnos han de ser mayores de doce años y menores de quince. Para comenzar el primer año de carrera han de tener cumplidos los catorce y no pasar de diez y seis. Esta regla general, por circunstancias particulares, puede admitir excepción.

IX.—Gastos

En el Instituto no hay sino alumnos externos y mediopensionistas: los externos satisfacen mensualmente 15 pesetas, siendo de cuenta del alumno los gastos de libros, herramientas, material de dibujo, gastos de laboratorio, etc. *Prácticamente* suelen los gastos totales ascender hasta 20 ó 25 pesetas mensuales. Los mediopensionistas satisfacen 100 pesetas mensuales y tendrán desayuno, comida y merienda.

X.—Horas de entrada y salida.

Los alumnos entran á las ocho de la mañana y salen á las doce y media: vuelven á las dos y media y salen á las seis y media.

XI.—Casa-Pensión para los de fuera de Madrid.

Para los alumnos que no son de Madrid hay una casa de confianza establecida con independencia económica del Instituto, pero bajo su inspección y vigilancia.

Los domingos y días de fiesta, después de cumplir con sus prácticas religiosas, se concede á estos alumnos un rato de salida por la mañana y otro por la tarde, habiendo de estar en casa antes de anochecer. El pupillaje es de 3,50 pesetas diarias.

XII.—Exámenes y títulos

Hay exámenes trimestrales orales y escritos casi todos los meses. Se califica por puntos buenos, siendo 20 el máximum que puede obtenerse y 8 el número que corresponde á la calificación de suspenso. Las notas de estos exámenes influyen en la nota de fin de curso. Mensualmente se comunica á los padres el resultado de estos exámenes.

Los títulos que al fin se obtengan no son oficiales, sino privados pero es de notar que tampoco reconoce el Estado los títulos de ingenieros dados

en el extranjero, y no por eso dejan de ser buscados y estimados los que los poseen.

XIII.—Para quiénes puede ser útil esta carrera.

Supuesta la falta de personal competente práctico que en España hay y que con grandes gastos se hace venir del extranjero, y el desenvolvimiento que las industrias mecánica y eléctrica van teniendo en España, no es aventurado afirmar que es carrera de porvenir. En efecto, puede ser útil: 1.º A los hijos de industriales que tienen gran parte de su capital invertido en maquinaria. 2.º A los hijos de capitalistas que se sienten con vocación para emplear el capital en industrias, para las cuales pueden servir de base sólida los estudios y prácticas de esta carrera. 3.º A los jóvenes dispuestos y de iniciativa que sin capital ni industria propia puedan montarla asociándose á capitalistas como socios industriales. 4.º A los que tienen fincas y posesiones de labor para entablar en ellas, montar y dirigir la maquinaria agrícola. 5.º A los de menos iniciativa para ocupar plazas bien remuneradas en las industrias existentes, á más de que en el caso *más desfavorable*, como montadores ú obreros competentes, no dejarían de estar más bien retribuidos que muchos médicos, abogados, etc.

A. M. D. G.



PÁGINAS ESCOLARES

Revista Mensual Ilustrada

PARA JÓVENES ESCOLARES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA			ULTRAMAR	
Un año.....	6 pesetas	✦	Un año.....	7 pesetas
Número suelto.....	0,60 »	✦	Número suelto.....	0,75 »

FRANQUEO CONCERTADO

Colegio de la Inmaculada, Apartado 32=GIJÓN

No se devuelven los originales